

# LA NOVELA IDEAL



UNA HISTORIA DE AMOR  
NUM. 422

Por CELIA MORALES

20

CÉNTIMOS



# LA NOVELA IDEAL

AÑO X

5 DE SEPTIEMBRE DE 1934

NÚM. 423

Celia Morales

## Una historia de amor

### Sexto lote de libros baratos (5 ptas.)

Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX (Georges Brandés); primer tomo, 4 pesetas; segundo, 3 pesetas. *La Barbarie Gubernamental*, 3 pesetas. Total, 10 pesetas.

### Séptimo lote de libros baratos (5 ptas.)

Eliseo Reclús (Max Nettlau), dos tomos, 6 pesetas. *El Autodidacta* (Han Ryner), 1'75 pesetas. *El Aventurero del amor* (Han Ryner) 2'50 pesetas. Total, 10'25 pesetas.

Todos los lotes se sirven al contado o a reembolso y sobre estos precios no se hace descuento.

PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»

Administración: Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37

Teléfono 51780 - Barcelona

— 227. *El aventurero sin ventura*, de Federico Urales. — 228. *La rapaza del pradal*, de Mauro Brocal. — 229. *Vidas humildes*, de Lázaro Brocal. — 230. *Del monte a la llanura*, de Lázaro Brocal. — 231. *El batelero*, de Angela Graupera. — 232. *Una historia de Federica Montseny*. — 233. *El otro padre*, de Rosario Montes. — 234. *La señorita de compañía*, de Federico Urales. — 235. *Supervivencia*, de A. Fernández Escobés. — 236. *Tavi, la india*, de Antonio Guilló. — 237. *El hijo del camino*, de Antonio Guilló. — 238. *Supervivencia*, de A. Fernández Escobés. — 239. *La historia de dos enamorados*, de Federico Urales. — 240. *Sacrificio*, de Lázaro Brocal. — 241. *Un Club de mujeres fatales*, de F. Alfr. — 242. *Nocturno de amor*, de Federica Montseny. — 243. *La alcaldía de X*, de Ramón Cortés. — 244. *La de mi desgracia*, de Federico Urales. — 245. *El hijo*, de Dora Ferré. — 246. *Sembrando ideas*, de Valentín Obac. — 247. *El soto del cerezal*, de Regina Opisso. — 248. *En la cárcel*, de Manuel Herrera. — 249. *Reflejo de Dios*, de A. Fernández Escobés. — 250. *Ley de amor*, de Lázaro Brocal. — 251. *El amor que pasa*, de Federica Montseny. — 252. *Las amapolas*, de Federico Urales. — 253. *Los viejos*, de Angela Graupera. — 254. *El desquite*, de Miguel Rivas. — 255. *Las montañas de Bohemia*, de María Solá. — 256. *Resurgimiento*, de Pedro Mas de Valcázar. — 257. *El alma de la campiña*, de Mauro Bajatierra. — 258. *La venganza de una mujer*, de Regina Opisso. — 259. *Mamá postiza*, de A. Fernández Escobés. — 260. *Una amazona*, de José Gardeñás. — 261. *Servidumbre*, de Valentín Obac. — 262. *El único juez o la conciencia de uno mismo*, de Laureano Artigas. — 263. *¡Qué fuerte es el amor!*, de Máximo Hamleton. — 264. *El fantasma*, de Lázaro Brocal. — 265. *Sor Luz en el infierno*, de Rosario Montes. — 266. *La aurora*, de Juan Gallego Crespo. — 267. *La tragedia de Pepita*, de Federico Urales. — 268. *Un hombre*, de Federica Montseny. — 269. *El sin trabajo*, de Fernando Gispert Boix. — 270. *Historia de una gran mujer*, de Arturo Llorens. — 271. *Deuda pagada*, de Miguel Rivas. — 272. *El San Martín de Basquiñas*, de Román Cortés. — 273. *El despertar*, de Angela Graupera. — 274. *Cuando el amor es delito*, de A. Fernández Escobés. — 275. *Reina de la belleza y del*

FA  
61549  
N1345  
M69h  
1934



pedidos de novelas atrasadas, se hagan por sus números y no por sus títulos.

Precio de subscripción: Un semestre, 4'70 pesetas.

• • •

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ:

## FLOREAL

DE JUAN DE LA FLOR BURGOS

### La tragedia vulgar de un hombre libre

Este es el título del volumen núm. 14 de *La Novela Libre* debido a la pluma de Vicente Ballester.

En ella su autor bosqueja un personaje que realmente ha vivido entre los medios obreros de Barcelona y Madrid.

En *La tragedia vulgar de un hombre libre* hay episodios que harán meditar a muchos lectores.

La subscripción un semestre, 3 ptas. Número suelto, 50 céntimos. El 25 por 100 de descuento a los correspondientes.

IMPRESOS COSTA, Nueva de la Rambla, 45.—Barcelona

## I

Hacía rato que Jorge esperaba a su novia. Fumando un cigarrillo nerviosamente, paseaba, consultando el reloj de vez en cuando, impacientándose con la inusitada espera a que ésta le sometía, por causa ajena a su voluntad sin duda. Las demás compañeras del taller ya habían salido, extrañando al joven que no le hubieran hecho alguna observación en caso de estar enferma Rosalía — que tal era el nombre de la muchacha —. Iba ya a retirarse, creyendo que por aquella noche esperaba en vano, cuando apareció Juanita, la aprendiz.

— Rosalía baja en seguida — le dijo sonriendo —. No tardará ni cinco minutos...

Sin más explicaciones, la chiquilla, pues apenas tendría catorce años, se alejó presurosa, espigada y flexible como un junco, contoneándose garbosa y coquetuela.

Un muchacho de unos diez y seis o diez y siete años le salió al encuentro apenas la vió... Desapareció calle abajo la juvenil pareja. Jorge les siguió con la vista, y sonriendo murmuró para sí:

— ¡Vaya un par de mocosuelos!

Se disponía a pasear nuevamente, cuando la súbita aparición de Rosalía le llenó de alegría y su semblante se iluminó con una expresión inconfundible y radiante.

Saludó a la joven, estrechándole ambas manos, al mismo tiempo que le decía:

— Nenita, ¡cuánto has tardado!...

— Hemos tenido hoy mucho trabajo — repuso ella —. Estamos bordando un ajuar de novia, el de la señorita de Espinosa, hija menor de los condes de Agraz. Su madre es una señora exigentísima, muy altiva y ento-



nada; ha repetido una docena de veces: «Sobre todo, no olviden los detalles del escudo» — al decir esto, Rosalía remedaba la voz de la condesa —. ¡Pobre señora, tiene tantos blasones como tonterías!...

— Pues tus compañeras salieron antes.

— Es que yo tuve que terminar un bordado que mañana se tiene que entregar a primera hora. De tan aprisa que iba, por no hacerte esperar — recalcó cariñosa —, me he pinchado en este dedo.

— ¡Pobre dedito! — exclamó Jorge, y cogiendo las manos de ella y besando con ternura el dedo dañado, dijo: — Ahora ya está curado. Por si acaso, besaré los otros — añadió poco después con malicia —; quizá también se han lastimado.

— ¡Qué tonto eres! — repuso Rosalía, riendo.

— De todos modos, más vale prevenir que curar — objetó Jorge al mismo tiempo que apasionadamente aplicaba la supuesta medicina en las manos de ella.

Siguieron breve trecho sin hablar. Cogidos del brazo caminaban con lentitud, sin tener noción del tiempo, sin importarles nada lo que les rodeaba, ajenos a todo lo que no estuviera relacionado con ellos. En su natural egoísmo inconscientemente dividían el mundo en dos mitades. La que ellos habitaban, divino mundo de ensueño, y la en que vegetaban los otros, seres guiñolescos, muñecos de farsa, grotescos peleles que se movían a impulsos de una fuerza superior, la cual manejaba a su antojo el hilo de su albedrío, estando sustentada esa tiranía que les gobernaba por sus propias ruindades y mezquinos afanes.

Estas reflexiones idealistas se las hacía con más frecuencia Jorge. Espíritu más elevado y recto que la elegida por él para compartir las alegrías y sinsabores de la lucha por la vida.

Rosalía también lo quería; estaba orgullosa de su figura arrogante y varonil, le seducían sus facciones algo pronunciadas, pero de proporciones regulares; la firmeza de su boca de labios finos, que denotaba energía y perseverancia; las mejillas morenas y un poco hundidas; el cabello ondulado, negro y crespo, y sobre todo sus ojos azules muy claros y dulces... A veces brillaban con

reflejos acerados, pero al fijarse en ella era su mirada tan suave y revelaba un amor tan grande, que Rosalía se sometía a su fascinación, dejándose arrastrar y contaminar de su loco desvarío, que se traducía en promesas de un cariño inacabable.

Formaban una linda pareja. Ella, de silueta fina y armoniosa, parecía más delicadamente femenina junto a la apuesta gentileza de su novio. Rubia, de ojos pardos, casi dorados, con un rostro más que bello, agraciadísimo. Rosalía Montoya reunía ese encanto singular que algunas mujeres poseen y que eclipsa en bastantes ocasiones a la verdadera hermosura.

Además, sabía arreglarse. Era mañosa para sacar lucimiento de los vestidos que su madre le compraba, adaptándolos a la última moda. Poniendo un especial cuidado en realzar el oro de sus cabellos, que brillaban impecables como bruñido casco. Risueña, simpática, de voz argentina y mimosa, tenía su charla, dejo de coquetería y dulzura, mezcolanza subyugante que aprisionaba el corazón de Jorge en las finas mallas que su atractivo tejían, más tupidas cada vez.

Estaba muy enamorado de ella, la amaba con cariño firme y honrado, cifrando en este afecto los anhelos más puros de su alma. Céntimo a céntimo, iba reuniendo lo que él conceptuaba preciso para poder amueblar el pisito, imaginándolo pequeño y coquetón. Y se paraba con frecuencia en los escaparates de las tiendas de muebles, admirando en silencio lo expuesto, haciendo cálculos y mentalmente escogiendo lo más lindo y elegante.

— Quiero — le decía constantemente — que nuestro nido sea digno de ti. Voy a trabajar como un negro para lograr esta aspiración.

— No por eso dejaremos de ser pobres.

— Estando juntos, ¿qué nos importa la riqueza! Tú lo eres todo para mí — continuaba con ternura el joven —; eres mi único cariño, ya que ni familia tengo; en ti he reconcentrado todo el hambre de afecto que siente mi corazón. Sí, no te rías: hambre... estoy hambriento por sentir el calor de un hogar, y creo morir de alegría cuando pienso que llegaré a casa, a nuestra casa, y me acogerás cariñosa... Entonces yo te levanto



taré en vilo, ¡eres tan frágil!, y te llevaré al comedor en brazos como a una niña...

— Y la niña — repuso riendo ella — te tendrá preparada la comida, puesta la mesa, todo dispuesto para que no tenga que impacientarse el amo y señor.

Jorge se regocijaba con la expresión semi-cómica que ella empleaba.

— ¡Qué felices vamos a ser! — añadía, tembloroso de emoción.

## II

Julio Enrique de Espinosa y Fernández de los Llanos era en los comienzos de esta narración un joven de unos veintiséis años. Delgado, alto quizá en demasía, su pálido semblante no pregonaba una salud excesiva. Los ojos cansados, algo adormecidos, y las precoces arrugas que ya tenía impresas en la comisura de sus labios eran patente demostración de las noches pasadas en francachelas estúpidas y agotadoras, que le producían acto seguido una indecible sensación de repugnancia y hastío.

Hacía dos años que se había licenciado en Derecho. Mal estudiante y no muy inteligente, aunque de fácil memoria, su colección de denigrantes calabacines fué copiosa antes de poder dar cima a sus estudios. Su familia quería inclinarlo a la carrera diplomática, pues les parecía lo más indicado y en consonancia con su ilustre abolengo, pero él desdeñó esa proposición, optando por dedicarse a la política, filón, según su parecer, mucho más lucrativo y de más positivas ventajas. En eso tal vez estuviera acertado; ahora que la sociedad, según decían malas lenguas, no sacaría mucho provecho con su intervención. Ni mejor ni peor que los prohombres que dirigen a su antojo el rebaño humano, era en sus comienzos el tipo característico del político de pacotilla. Muchos discursos, muchas promesas, una infinidad de programas con demostraciones teóricas de la eficacia de sus razonamientos, ditirambos, frases retó-

ricas, burbujas de jabón y, al final y a la postre... nada.

En las últimas elecciones había salido diputado. Y en el Parlamento pudo hacer gala de su fluidez de palabra, de sus ademanes elegantes y circunspectos y del buen corte de sus trajes, hechos por un experto sastre londinense...

Sus padres, los condes de Agraz, estaban orgullosos del rápido encumbramiento de su hijo, esperando de sus dotes políticas nuevos y más señalados triunfos.

El matrimonio y tres hijos eran el complemento de esta familia. La hija mayor, Elvira, estaba casada con el barón de Baladre, residiendo en Córdoba, donde tenían sus propiedades. El segundo, Julio Enrique, al que ya hemos tenido ocasión de conocer, y la menor María de los Dolores, cuya boda había de celebrarse en breve.

Doña Tula Fernández del Llano y Fuentes de Soria, condesa de Agraz y vizcondesa de Santa Casilda, era el prototipo de la dama aristocrática, de cuya antigua estirpe hacía gala constantemente, pues según datos cronológicos recopilados en sus archivos, su nobleza databa del año 1525, cuando su ascendiente el aguerrido don Sancho Fernández del Llano tomó parte en la batalla de Pavía.

Su esposo, don Iñigo de Espinosa, podía ostentar igual o parecida ranciedad, y además contaba con cuantiosos bienes de fortuna. Era dueño de una ganadería muy acreditada en la provincia de Sevilla y tenían fama sus toros de bravíos y de lucir una poderosa cornamenta, pudiendo competir dignamente con los Miuras y otros cornúpetos célebres.

Hombre de mal cariz, a pesar de sus pergaminos, borracho y mujeriego, residía casi siempre en Andalucía, alejado de su familia, y entre las mozas de labor había distribuido, gracias a su fanfarrona prodigalidad, una legión de harapientos chavales, y aunque no se preocupó luego gran cosa de ellos, nunca negó la atribución de esa descendencia ilegítima.

Doña Tula estaba al corriente de ello, y, amargada por esa conducta reprochable y ese desamor manifiesto, en varias ocasiones, pese a su virtud, hizo lo posible



para que su esposo luciera, al igual que sus toros y novillos, el monumental símbolo infamante.

Perdona, amigo lector, que nuevamente manchemos el lustre de esta digna familia dando oídos a la maledicencia, pero mi labor de cronista verídico me obliga a recoger estos rumores y, cumpliendo mi obligación, los doy a la publicidad, aunque sintiendo en mi fuero interno que pueda quedar malparado y algo empañado el esclarecido linaje de este prócer matrimonio.

Claro está que estas bagatelas están compensadas con las cuantiosas sumas que doña Tula invierte en obras de caridad, organizando bailes y tómbolas benéficos en favor de los necesitados... ¿Que ella se divierte más que nadie? ¿Que es pretexto ostensible para que su vanidad triunfe? ¿Que su único objeto es ver aparecer su nombre en las notas de sociedad? No podemos negar esa verdad ineluctable y reconocemos que la caridad se puede hacer de un modo más discreto, pues resulta paradójico que, para enjugar las lágrimas de los pobres, los favorecidos de la fortuna sólo compren los *tickets* bajo la condición de disfrutar y reír, creyendo aún algunos de buena fe que hacen una obra meritoria. Ese contraste de riqueza y alegría para calmar el dolor y la pobreza es igual que si una persona quisiera aplacar el frío de un moribundo que yace casi desnudo en el arroyo y para lograr ese objeto — haciendo alarde de caritativos fines — se cubre ella con un abrigo de pieles, ofreciendo al pobre desheredado una endeble manta de transparente lienzo. ¡Eso es una crueldad, una risible e inhumana mofa! Pero no divaguemos, no quitemos valor a la «altruista obra» de doña Tula, no seamos intransigentes y echemos un velo que cubra esas doradas y miserables flaquezas.

\* \* \*

Aquella tarde la señorita de Espinosa se encontraba en su habitación con la manicura, que estaba realzando la belleza de sus alargadas uñas.

María de los Dolores, buena y hermosa, no tenía ni el empaque ridículo de su madre ni la brusca acometividad de su progenitor. Era sencilla y afectuosa con todos, sin preocuparle gran cosa la posición social de

la persona con quien trataba. Su madre se incomodaba bastantes veces por este motivo, arguyéndole que «no sabía mantener la distancia de clases». Ella se sonreía un poco desdeñosa, sin responder a lo que interiormente consideraba una imposición ridícula.

Una vez terminado el arreglo de las manos, iba a coger un libro de su autor predilecto, cuando apareció una sirvienta anunciándole que su madre la llamaba.

Acudió María de los Dolores a su llamamiento y encontró a doña Tula hecha un basilisco, increpando a la pobre Rosalía, que, a pesar suyo — pues ya sabía a qué atenerse respecto al genio quisquilloso de la condesa —, tuvo que entregar el trabajo por enfermedad de la aprendiz.

Estaba la muchacha confusa y aturdida, sin casi acertar a responder a sus denuestos.

— Fíjate — dijo la señora Espinosa, dirigiéndose a su hija — en esta ropa interior... El bordado es de un gusto pésimo, está confeccionado deplorablemente y para complemento hasta los encajes son feos...

— Señora condesa — respondió con timidez Rosalía, — me parece que fueron escogidos por usted, así como el motivo del bordado.

— ¿Por mí?

— Sí, sí, mamá — corroboró su hija —; tú me aconsejaste este modelo.

— Pues no recuerdo este detalle — repuso la condesa, aplacando algo su enojo —; muy ofuscada estaría para decidirme por semejantes prendas.

— A mí no me desagrada — dijo sinceramente María de los Dolores, intentando también con sus palabras calmar el visible azoramiento de la joven.

Al poco rato, después de un corto diálogo entre la condesa y su hija sobre nuevos encargos de trabajo, Rosalía salió de la casa de los señores de Espinosa, contenta ya de haber acabado su penosa misión.

Al franquear la puerta de salida, en su aturdimiento no se apercibió que Julio Enrique, el atildado diputado, iba a entrar también en su morada. Tropezaron ambos, sin poder evitar el encontronazo. El joven se quitó atentamente el sombrero:



— Perdón, señorita — dijo.

Rosalía, sonriente y algo sonrojada, balbució al mismo tiempo:

— Usted dispense...

Se quedaron mirando un segundo, lo suficiente para poder contemplarse con detenimiento.

Julio Enrique quedó suspenso en la puerta, sin decidirse a entrar, retenido por la impresión de tan agradable e inesperado encuentro.

— ¡Qué encanto de mujer! — murmuró.

Hablando poco después con su madre, preguntó intrigado:

— ¿Quién es esa joven tan bonita que hace poco se marchó?

— ¿Una muchacha rubia vestida de azul?

— ¡Sí!...

— Es oficiala de la «Casa Regnier» — contestó la condesa con displicencia.

— Pues es muy linda y elegante.

— Nunca podrás enmendarte de tu desmedida afición a las faldas... Te fijas hasta en un palo vestido de mujer.

— Pero aunque así sea, si eres franca reconocerás que en esta ocasión es una madera muy bien torneada.

La condesa volvió despectivamente la cabeza, sin dignarse responder a la discutible ingeniosidad de su hijo.

### III

Hacía días que Jorge estaba triste y pensativo; la causa de su intranquilidad era la frialdad que notaba de un tiempo a esta parte en Rosalía.

— ¡No! — se decía con desaliento —. No me quiere como antes. ¿Amará a otro? — preguntábase aterrado.

Y ante esta muda interrogación temblaba con escalofríos de fiebre y angustia.

— ¡Serán suspicacias! — pensaba, reanudando el interrumpido soliloquio —. Ella es buena, cariñosa y leal. Indudablemente estoy celoso — añadía luego a guisa de consuelo.

Pero no lograban tranquilizarle estos razonamientos, pues carecían de una base sólida para poder sostener un andamiaje tan vacilante e inseguro como es el amor de una mujer veleidosa.

A consecuencia de este sufrimiento moral, en pocos días se puso macilento y enflaquecido. El acompasado ritmo de su vida fué reemplazado por una marcha desigual, de brascas e intermitentes sacudidas, que le dejaban maltrecho y con el corazón torturado.

Cansado de ese lento padecer, se propuso llevar a cabo una idea que iluminó su inteligencia con súbito resplandor y aflojó algo la insostenible tirantez de sus nervios.

— La vigilaré — pensó —. No me gusta seguir los pasos de nadie, pero en esta ocasión es necesario para el bien de los dos salir de dudas.

Decidido ya a efectuar su propósito, cuando vió a Rosalía, dando un tono convincente a sus palabras, le dijo que en el taller de fotograbado en que prestaba sus servicios había una acumulación muy grande de pedidos y les habían dicho que era necesario trabajar en horas extraordinarias, no pudiendo por lo tanto ir a esperarla en varios días.

Lamentó ella ese contratiempo, pero a Jorge le pareció que no dió gran importancia a la noticia.

Una rabia loca se apoderó de él, mientras la mordedura de los celos hacía presa en su corazón.

Sin poder disimular su enojo se despidió de Rosalía, atribuyendo ella el mal humor de su novio al disgusto que seguramente le ocasionaba la separación, pues aun que sea por poco tiempo, siempre es dolorosa cuando bien se quiere.

Ya solo, en el paroxismo de su exaltación, desesperado, murmuró Jorge, ciego por la sorda cólera que le dominaba:

— ¡Si me engaña, la mato!

Un gran rato estuvo paseando por su habitación como un león enjaulado. Odiaba ese cuarto de casa de huéspedes que le aprisionaba entre sus cuatro paredes. El siempre había creído — contra muchos pareceres — una liberación el crearse una familia que le librara de ese



yugo doblemente esclavizante y soñaba con emanciparse de esa tutela patronil.

Se detuvo, fatigado por sus paseos y cavilaciones, y de pronto sus ojos se fijaron en el retrato de Rosalía, que, encerrado en un lindo marco, estaba colocado encima de la cómoda.

La máquina fotográfica había sabido reproducir el rostro de la muchacha con entera fidelidad. Su alegre sonrisa se mostraba con expresión dulce y maliciosa; tenía algo entornados los ojos reidores, y se notaba la curva sombreante de sus pestañas, dibujándose sus labios con un mohín lleno de promesas...

¡Linda, muy linda estaba Rosalía en ese retrato!

Con movimiento maquinal, Jorge lo cogió, contemplándolo largamente, y conmovido, sin poder evitar el amoroso impulso, lo besó repetidas veces con frenética pasión, y ante el temor de perderla su egoísta deseo le hizo ver con lentes de aumento la magnitud de la pérdida.

— ¡Quiéreme como antes! — le decía al retrato, como si pudiera escuchar sus ruegos —. ¡Quiéreme!

\* \* \*

Jorge Aguilar era un buen muchacho. Trabajador, honrado, de buenas costumbres.

Al nacer tuvo la desgracia de perder a su madre. Poco tiempo lloró el viudo esa desaparición, pues al año justo de la muerte de su esposa contrajo nuevas nupcias. Su madrastra amargó con su despótico genio los bellos días de su infancia, y por el más pequeño motivo le castigaba duramente. ¡Fué una niñez triste y callada que le dejó un penoso recuerdo!

También su padre tuvo que sufrir las consecuencias del error cometido y pacientemente soportó las genialidades de su mujer. Pero cuando Jorge pudo ganarse la vida, procuró huir de ese infierno doméstico y se instaló en la capital, dispuesto a trabajar en la forma que fuera preciso antes que soportar el despótico dominio.

Sólo volvió a su ciudad natal cuando le notificaron la gravedad de su padre, y llegó a tiempo para recibir

sus últimos suspiros, muriendo el pobre hombre balbuciendo palabras de disculpa.

Al verificarse el entierro y saldar la pequeña herencia no apareció nunca más por X., teatro de su triste niñez.

Después conoció a Rosalía en una excursión que organizaron varias familias amigas. Simpatizaron en seguida y no tardaron en ser novios; y así su vida, huérfana de parentescos y de afectos, recibió por primera vez la inefable caricia de una palabra de amor, y sus brazos sintieron la presión de otros suaves y delicados, y sus ojos se acostumbraron a mirar en los de su novia, bellos espejos que copiaban su imagen y le hablaban amorosamente con su cariñosa expresión.

Y entonces trabajó con más ahinco para poder pronto realizar su anhelo, y se conceptuó, desde el instante que empezaron sus amores, el hombre más envidiable y feliz. ¿Y tendría que despertar ahora de ese sueño venturoso?

Jorge dejó el retrato en su sitio y se sentó en una silla, y meditabundo, sin deseos de comer ni dormir, permaneció largo rato no pudiendo tranquilizar a su atribulado espíritu.

#### IV

No eran infundados los temores de Jorge, pues el corazón de Rosalía, que antes creía fiel e inclinado totalmente a él, sufrió un cambio radical en breve tiempo. Su ignata afición al lujo, a los trajes vistosos, a todos los refinamientos que puede proporcionar el dinero, resurgió al contemplar la magnificencia en que vivía la familia Espinosa, y mentalmente comparó esa existencia muelle y desahogada con su propia vida que se desenvolvía entre penurias y sin que pudiera prescindir del trabajo incesante, pues aunque al casarse dejara el taller, tendría que dedicarse al arreglo de su casa, ocupación que tampoco le seducía mucho.

Y después pensaba con terror en los desasosiegos que proporcionan las inquietudes económicas, los sobresaltos



por la escasez de trabajo, ¡quién sabe si hasta la falta de ese medio de vida!

Estas reflexiones eran algunas veces combatidas por un sentimiento de afecto y agradecimiento hacia Jorge, que alejaban esas mezquinas inclinaciones, pero tornaban a torturarlo seguidamente y su corazón — en el fondo no muy afectivo — se sentía cobarde e incapaz de hacer frente a un porvenir ni alegre ni halagüeño según sus cálculos materialistas.

Recordaba también su encuentro con Julio Enrique, la mirada que le dirigió llena de admiración, la exquisita elegancia de sus maneras, y fríamente lo ponía en parangón con Jorge, encontrando a este último, aunque mucho más guapo, vulgar e insignificante.

Y se las arregló de manera que pudiera volver en otras ocasiones a casa de los condes de Agraz, procurando siempre que iba mostrarse bella y atractiva.

Interesado igualmente Julio Enrique en que se repitieran los encuentros, hacía el encontradizo, dirigiéndole alguna que otra galantería, a las que respondía Rosalía con graciosa sonrisa.

Averiguó la calle donde estaba establecida la casa de modas, y una mañana, al salir ella de su trabajo, hizo de modo que también se pudiera achacar a la casualidad la entrevista que adrede procuró que fuera corta, pues casi sólo se redujo a pedir una cita para que le proporcionara ocasión de hablar más detenidamente.

Accedió la muchacha a su requerimiento, y quedaron citados para el día siguiente por la noche, muy contentos ambos de haber logrado ese propósito, que colmaba sus respectivas ansias. La satisfacción era idéntica, y aunque fuera para distintos fines, interesaba a los dos por igual. El era la llama que atrae con su resplandor; ella, la frágil mariposa que, inexperta, vuela en busca de su perdición, y mariposa y llama, o sea vanidad y deseo, se fundían en pos de anhelos torpes y frívolas aspiraciones... ¡Y en aras de ese indigno tráfico se sacrificaba el corazón de Jorge!... Pero no permanecía ajeno a los peligros que corría, pues un misterioso aviso y un instintivo temor le hacían ver, mejor dicho adivinar, la traición que se le preparaba.

— ¡Si me engaña, la mato! — había amenazado.

Y quien hubiera leído en su interior, se hubiera convencido que, aunque su carácter no era levantisco ni belicoso, la pasión le cegaba hasta el extremo de hacer que sus amenazas no fueran vanas.

\* \* \*

— Estás algo nerviosa, Rosalía — le dijo su compañera Amparín —; no das pie con bola.

— Es cierto — respondió aquélla.

— ¿Has reñido con tu novio?

— No — contestó con sequedad.

— Te he hecho esta pregunta porque he notado que hace dos días que te marchas sola.

— Jorge está agobiado de trabajo y no puede venir a esperarme.

— Os casáis pronto, ¿verdad?

— Sí... es probable.

— No parece muy entusiasmada con tu boda. ¡Yo creía que estabas muy enamorada de tu novio!

— Y lo estoy, pero...

— No hay pero que valga; a ti te pasa algo.

— Te seré franca: le tengo miedo a la pobreza; cuando empiezo a reflexionar y me convenzo de que siguiendo con él nunca saldré de esta situación, me pongo malhumorada y de buena gana le daría el pasaporte...

— ¡Hija mía! ¡Qué ambiciosa eres! Yo no aspiro a tanto. Mi novio es pobre como una rata y, sin embargo, estoy deseando que nos podamos casar; aunque tenga que trabajar, no me importa, con tal de estar siempre a su lado.

— Eso de «contigo pan y cebolla» no me entusiasma — dijo con desprecio Rosalía.

— ¡Porque no quieres de veras! — contestó su compañera —. A mí me preocupa más el cariño de mi novio que la comida.

— No todas tenemos el mismo paladar...

— Ni el mismo corazón — añadió Amparín.

— ¡He de advertirte que no admito lecciones de nadie! — exclamó la primera con destemplado tono.



— No es mi intención dártelas. Lo que sucede es que tenemos diferente modo de pensar.

Juanita, la aprendiz, intervino en la conversación diciendo:

— Yo, desde que reñí con Jaime, me he vuelto muy desdeñosa y no pienso querer a nadie más... Los hombres... ¡Pch! ¡Qué asco! Todos son unos embusteros... Las tontas somos nosotras, que siempre parecemos me-zangolotinos cuatro cositas dulces. Pero cuando se le endurece el corazón a una, pongo por caso — dijo señalándose —, que vengan por almíbares...

Había puesto los brazos en jarras, y con desaire chulón hacía gala de ser descendiente de una maja bravía, por su lengua expedita y por su carácter resolutivo y desparpajado.

— No presumas tanto de «vampiresa», chiquilla — censuró Amparín —, pues cada vez que te disgustabas con él venías luego con dos tomates por ojos. Sin ir más lejos... El otro día íbamos juntas y, al verlo, te pusiste a temblar tanto que yo creía que te daba un patatús...

— ¡Siempre se exagera!

— Eso digo yo.

Rosalía callaba, trabajando aprisa, sin cuidarse gran cosa de la conversación de sus compañeras. A las siete estaba citada con Julio Enrique y deseaba que volara el tiempo, pero iba más veloz su deseo que el rápido recorrido señalado por la misteriosa aguja del reloj, y le parecía aquella tarde interminable y de una monotonía desesperante.

Era tal su emoción, estaba tan contenta y turbada al mismo tiempo, que no acertaba a mostrar su habitual estado de ánimo, y ante los ojos de los demás ponía de manifiesto, con su torpeza y nervosismo, la intranquilidad de que era objeto, trasluciéndose en todos sus movimientos el desconcierto de sus nervios.

Todo llega en este mundo. Dieron las siete campanadas y alegres resonaron en el oído de las muchachas como música celestial. No en vano era esa hora la risueña promesa de un rato de asueto y libertad, aliada

inseparable de los idilios juveniles y cómplice por lo tanto de algunas leves expansiones amorosas, pecadillos sin importancia que no causan gran mengua en la conciencia y perfuman intensamente estos días venturosos.

Todas las horas del día son bellas cuando están dedicadas a ese diablillo travieso y alocado que se llama Amor. Pero especialmente al atardecer, cuando libres y dichosas se reúnen las amantes parejas, después del trabajo cotidiano, monótono y embrutecedor, es cuando adquiere más simbólico relieve esa hora bruja, impacientemente esperada y recordada siempre como la más dichosa del día.

En una plazoleta algo solitaria le esperaba Julio Enrique. De común acuerdo habían buscado ese sitio para resguardarse de miradas inoportunas; los dos temían ser vistos, así que las precauciones fueron hechas con miras a sus respectivos intereses.

Llegó jadeante Rosalía. Había un largo trecho desde el taller y no existía ningún otro medio de comunicación, so pena de coger un taxi; no se encontraba entonces en condiciones de hacer ese derroche, pues al mirar el monedero sólo pudo contar 80 céntimos. ¡Mengüado capital para poder realizar cualquier propósito!

— ¡Hola, preciosa! — le dijo el joven saludándola.

— ¿Cómo se encuentra?

— Muy bien. ¿Y tú? — respondió el aristócrata, tuteándola por primera vez.

— Admirablemente.

— Eso es lo que deseo...

En tono desenvuelto y cariñoso añadió:

— He traído mi coche por si quieres dar un paseo en él; quedaré muy contento si te dignas aceptar mi compañía.

— ¡Gracias! No sé qué hacer... No puedo llegar muy tarde a casa.

— ¡Pero si así llegaremos antes!... ¿Quieres?

— Bueno... vayamos.

— Así me gustan las mujeres: razonables.

— ¿Dónde ha dejado el coche? — preguntó Rosalía, mirando a su alrededor.

— En la otra esquina. Pero, ¿quieres hacer el favor



de tutearme? — solicitó el joven, cogiéndola de un brazo.  
— Ya que lo deseas, así lo haré... aunque me parece muy pronto.

— ¡No seas tonta! Ahora el tuteo no tiene ninguna importancia.

Subieron al auto, que emprendió veloz marcha.

Quizá al marcharse no hubieran estado tan tranquilos si se hubieran percatado de la presencia de Jorge, el cual con sigilo pudo comprobar la ofensa que le infería Rosalía con su falsa conducta.

Cuando desaparecieron quedó empotrado en la esquina como un aparato mecánico que pierde el equilibrio por una equivocada maniobra que hace desnivelar su marcha y fallar su engranaje interior con la fuerte sacudida.

Incapaz de poder coordinar sus ideas, se sentó en un banco. ¿Cuánto tiempo estuvo? ¿Una hora? ¿Dos?... ¡No pudo nunca aclarar esa duda! Sólo despertó de su ensimismamiento al sentir una mano que se posaba en su hombro con alguna violencia y una voz que le decía apremiante:

— ¡Levántese de ahí! ¡Está prohibida la vagancia!

Jorge miró con aire estúpido al policía que le increpaba. Se levantó calladamente, dispuesto a marcharse; tambaleándose intentó alejarse. Le dolía mucho la cabeza y las piernas se negaban a obedecerle, y por un momento creyó que iba a perder el conocimiento; pero haciendo un esfuerzo de voluntad logró dar unos cuantos pasos.

El irascible representante de la autoridad volvió a importunarlo:

— ¡Eh! Senyor beodo, venga conmigo a la Comisaría.

— ¿No ve usted que no estoy borracho? ¡Déjeme en paz!

En el tono de sus palabras se leía una sinceridad tan grande, que impresionó al guardia. Este no le contrató, pero refunfuñó por lo bajo:

— Está bien que se beba un poco. A todos nos gusta empinar el codo de vez en cuando, pero se puede hacer con moderación... ¡repámpanos!

Hablaba sabiendo que era injusto en sus reproches, mas su tozudez era proverbial y no quería dar nunca su brazo a torcer. Sus compañeros le apodaban «El Cazurro» por ser además hombre de pocas palabras. El no se disgustaba con el apodo, y en sus ratos de buen humor sabía desmentir el mote.

\* \* \*

Al llegar Jorge a su casa se echó de bruces en el lecho y lloró amargamente su desencanto. Sus lágrimas no lograron aplacar la opresión que le dominaba; amargas corrían por sus mejillas como raudales inagotables; ríos de dolor que, aunque no disminuían éste, lo encauzaban hacia otros derroteros de desesperación. Poco a poco fué reaccionando su espíritu y una firme idea, ya arraigada con anterioridad, tomó cuerpo con más fuerza que nunca.

Al tomar esa decisión no disminuyó la pena, que era ya aliada suya, sombra obsesionante y torturadora.

En pocas horas creyó haber envejecido veinte años por lo menos... ¡Para qué seguir viviendo! Era una carga abrumadora y excesiva, y en el inevitable descenso sabía que bajaría los peldaños de tres en tres, despeñándose, después de una existencia penosa, en el abismo insondable, en el dominio vasto e inescrutable de la Guadañadora.

¡No! ¡No quería llevar el pesado fardo en una jornada tan larga! Su mano sería el instrumento justiciero y liberador.

Rosalía pagaría su falta con creces. Su vida miserable, su juventud, su belleza, el aliciente que desplegó para cautivar su corazón, ese conjunto adorable tornárase dentro de poco un cuerpo insensible y sangrante.

Lloró nuevamente su desventura. La idea tenaz de acabar pronto su propia vida y la de la causante de esta situación angustiosa e insoportable amortiguó algo la agitación de su desvariante cerebro.

Una profunda modorra, un sopor febril y alucinante se apoderó a continuación de él. Y sobresaltado soñó con Rosalía, y en su sueño, que iba adquiriendo pro-



porciones de pesadilla, percibía claramente la imagen querida, a quien con saña feroz daba muerte de distinta manera, a cual más cruel e inhumana.

Primeramente soñó que Rosalía, muy cogida del brazo de su nuevo adorador, avanzaba por un estrecho sendero paredado por altas ramas y espigas. Jorge, oculto entre el ramaje, estaba al acecho. Cuando creyó oír que se acercaban, dando un salto formidable se echó sobre la pareja.

Al igual que un leopardo, sus manos se habían transformado en fuertes garras y su cuerpo adquirió un vigor inusitado, como si en sus músculos de hombre normal anidara la fuerza de un titán.

Despedazó al galán de un zarpazo, mientras que ella, horrorizada, intentó huir. La contuvo en su carrera y gozó en su martirio, palpitando alborozado su corazón ante la lenta agonía de su víctima.

Dejó al descubierto las cuencas de sus ojos por haber mirado con amor a otro hombre; le arrancó la lengua por pronunciar palabras engañosas, y cuando vió a la pérfida sin movimiento, muerta ya, le abrió el pecho con sus potentes zarpas y extrajo el corazón, estrujando furioso a ese traidor símbolo de sentimiento y ternura.

Luego volvía a dibujar el sueño distintos horizontes, en los que siempre se perfilaba la silueta de la perjura.

La contemplaba sonriente, llorosa, alegre o melancólica, y al final, siempre en su papel de vengador, asistía a su postrer sufrimiento con refinada y malsana delectación.

Calmóse algo su desasosegado dormir, pero no cesaron sus visiones. Ahora eran distintas: divisaba a su novia, dulce, amorosa... Sus brazos se tendían hacia él, mientras murmuraba con dulce tono:

— ¡Jorge, querido mío, sólo tuya soy!

Y la imagen se acercaba hasta juntar su rostro al del joven y sus manos le acariciaban los cabellos y la frente. Y los brazos, esos tallos flexibles, blancos tentáculos de fina piel, se enlazan a su cuello, secando sus labios con sus besos las lágrimas que, aun cautivas, se agolpaban en sus ojos.

— Tuya soy — repitió, embriagándolo con sus pa-

labras y su aliento, tuya para siempre. Has estado enfermo — continuó —, enfermo de amor, has delirado... me has aborrecido suponiendo hechos indignos de mí... pero te amo y te perdono...

— ¡Rosalía! ¿Es cierto lo que dices?

— Sí... sí... sí... — murmuraba, besándole a cada sílaba —. ¿Me crees?

Despertó el joven bruscamente, sugestionado por el sueño. Una esperanza renació en su corazón... ¡Quizá no era tan culpable como él imaginaba!

Desechó esa idea. ¡Sus ojos no le habían engañado! Y su imaginación volvió a reconstruir la odiosa escena. Los veía hablando confidencialmente, el más nimio detalle no se escapaba a su fiscalizadora memoria.

Todas las menudencias desfilaron por su mente: el significativo apretón de manos con que se saludaron, las sonrisas furtivas... Y se clavaba las uñas al cerrar convulsivamente los puños cuando imaginaba la íntima promiscuidad que les ofrecía el cerrado coche.

— ¡No tiene perdón, es una infame! — declaró con repulsión —. ¿Y si no fuera tan culpable? — volvió a preguntarse con viva ansiedad, deseoso que se borrara la dolorosa visión.

Pero poco después añadió descorazonado:

— Es inútil porfiar; ¡no me quiere, no me quiere!...

## V

El futuro conde de Agraz supo aprovechar la ocasión que se le presentaba, y con su táctica habitual concluyó por rendir los últimos baluartes de la débil fortaleza en la que puso sus ojos de conquistador, sin que tuviera que emplear grandes desvelos para conseguirla.

El se aplicaba la manoseada frase del César: «Llegué, vi y vencí», pero no reflexionaba que el espejuelo más poderoso para cazar a las incautas alondras es el dorado reflejo del ambicionado velloncico de oro.

Rosalía no opuso una tenaz resistencia a los requerimientos del caprichoso joven. Y su voluntad cedió tá-



citamente, desplomándose su virtud como un castillo de naipes que el viento desmorona.

— ¡Querría dejar pronto el taller! — expuso a su amante en seguida.

— Yo también iba a proponerte eso mismo... Mira, gatita — añadió éste (muchas veces la llamaba así por el color dorado-verdoso de sus ojos) —, ahora tengo que irme unos días a Madrid, ¿quieres venir conmigo?

— Es muy precipitado el viaje; más adelante me gustaría mucho ir, mejor dicho, vivir allí... Tú vas con mucha frecuencia, ¿verdad?

— Es mi residencia habitual. En Barcelona y Sevilla paso breves temporadas, lo justo para visitar a mi familia... ¡Qué quieres, hijita! Soy un recalcitrante que ama sobre todas las cosas la independencia... También quiero a los míos, pero reconozco que mamá es tan autoritaria y despótica que sería capaz de inmiscuirse en mis cuestiones sentimentales.

— ¡Haces muy bien! — asintió Rosalía, la cual tenía poderosas razones para opinar igual que Julio Enrique respecto a su madre.

— Pues me alegro que sea de tu agrado vivir en Madrid — continuó el de Espinosa —. En estos días haré las diligencias para que puedas instalarte cómodamente. Buscaré un piso confortable, lo amueblaré *dernier cri* y puedes trasladarte en seguida... ¿Tu tía se opondrá?

— No creo, y si lo hiciera sería igual... Soy dueña de mis actos.

— Mejor, así no habrá ningún inconveniente.

— Escucha, Julio Enrique, ¿vivirás conmigo allí?

— No. Tenemos casa puesta y servidumbre. En algunas ocasiones viene mi padre o mis hermanas. El mes pasado estuvo mi cuñado quince días. No puedo dejar esas ataduras familiares. Pero no te importe; iré a visitarte a menudo y algunos días comeré en tu compañía.

— Conforme. Cuando tú regreses me despediré del taller y pondré a mi tía en antecedentes.

— Mejor sería no decir nada; después por escrito le confieras la verdad, y así te evitas cualquier obstáculo o censura, ¿no te parece?

— Sí, sí, tienes razón.

A Julio Enrique, sin estar enamorado, le agradaba mucho la muchacha. Era un capricho cuya adquisición halagaba su amor propio, y habituado a otras conquistas galantes, encontraban sus sentidos un espilonazo más fuerte con la ingenuidad, aun no completamente disipada, de Rosalía.

Su paladar, hastiado de las hetairas de amor, cofradía numerosa y complaciente, buscaba en amores que al mismo tiempo que fueran fáciles y no comprometedores satisficieran sensaciones más gratas que ese trato tan servilmente mercenario.

También Rosalía podía figurar ya en ese vergonzoso gremio, puesto que sus ternuras eran retribuidas, pero había en ella, como ya hemos indicado, diferentes maneras y un candor que, aunque sólo fuera fisonómico, cautivaba al joven.

Combinando planes y proyectos pasaron largo rato, y cuando Julio Enrique se despidió apasionadamente de ella, suspiró satisfecha y envanecida, creyendo que el porvenir radiante y feliz que vislumbraba no tendría fin y podría gozar del bienestar apetecido.

¿Y Jorge? ¿Fué olvidado ya? Con pena hemos de confesar que su recuerdo casi no significaba nada en su corazón.

Todo el afecto que pudo reconcentrar fué barrido por esa oleada ambiciosa, no dejando rastro delator de su antigua querencia. ¿Que ésta sería muy liviana? Seguramente; no borran las olas en un día los caracteres grabados en piedra, ni liman el hieiro, ni desdoran el oro; para lograr eso es necesario que transcurra mucho tiempo, y en ese tiempo pueden ocurrir tantas cosas...

Pero no enredemos, divagando, el hilo de la narración; dejemos que los acontecimientos, por sí solos, ovillen la trama ordenadamente.



## VI

Jorge, aquella noche, la esperaba. Quería salir de dudas. Estaba avergonzado de la afrenta sufrida, no obstante desconocer aún la magnitud de ella.

Pálido y agitado había salido de casa, no curado de la fiebre que le ocasionó el disgusto.

Ella ignoraba que hubiera estado enfermo esos días, creyendo que la ausencia era debida al exceso de trabajo.

Al terminar su labor, Rosalía no se había alejado mucho trecho del taller, cuando Jorge la detuvo.

— ¡Cuántos días sin verte! — dijo ésta, saludándole.

Después, fijándose en su enflaquecido semblante, añadió:

— Estás desmejorado... ¿Has estado enfermo?

— Sí... mejor dicho, lo estoy aún.

— ¿Y cuál es tu enfermedad?

— ¿Mi enfermedad?... No sé cuál es — repuso el joven tristemente —; ahora que la causa de ella eres tú.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— Pues habrá sido involuntariamente — dijo ella, evasiva.

— Mira, déjate de fingimientos; de sobras sabes a lo que me refiero — atajó Jorge con impaciencia.

— Habla con claridad y nos entenderemos mejor — recomendó ella valientemente, dispuesta a concluir de una vez la enojosa cuestión.

— Tienes razón, es necesario... Dime, pues, ¿quién es el joven que te acompañaba estos días?

— Es un amigo — contestó ella con alguna vacilación.

— Está muy bien, está muy requetebién... Escucha, niña, ¿por quién me has tomado a mí?

— Jorge, si te excitas será imposible que nos entendamos; hablemos con calma, tranquilamente.

— ¡Tranquilamente! — articuló con ironía el joven —. Es para mí eso cuestión de vida o muerte, y con indiferencia me dices que hable con calma. ¡Qué

equivocado estaba al juzgarte una mujer de corazón!... ¡Qué necio fui creyendo que me querías!...

— Y te sigo queriendo — dijo Rosalía, impresionada a pesar suyo del dejo de triste reconvención —. Reconozco que eres un muchacho excelente, bueno, trabajador, agradable, pero...

El continuaba callado, pálido y cejijunto. La angustiosa incertidumbre le impedía pronunciar palabra.

— Pero me hago cargo — añadió ella — de que no soy la mujer que te conviene...

— ¡Qué generosa! — interrumpió Jorge —. Te sacrificas buscando mi bienestar. Confiesa con franqueza que el que no te conviene a ti soy yo.

— Pues bien, lo confieso — replicó con descaro Rosalía —. Quizá sea un monstruo de egoísmo, pero aun teniendo en cuenta tus buenas cualidades, no puedo resignarme a la pobreza que me ofreces. Es algo superior a mi voluntad.

— ¿Y qué es lo que te atrae? ¿El lujo? ¿Los perfumos?... ¿Y sabes a qué precio paga una mujer pobre esos caprichos?

Rosalía, confusa, no contestó.

— Vosotras, las mujeres frívolas y casquivanas — continuó con sorda rabia Jorge —, sois las que perdéis a los hombres honrados que se rinden a vuestras monerías y carantoñas. Para satisfacer vuestros deseos, si son pobres, roban, engañan y hasta matan, y así pueden ofreceros un fajo de billetes para que compréis cuatro trapos, ¡cuatro miserables trapos que os adornen y embellezcan! ¿Pero para qué queréis cubriros? Desnudas debíais mostraros, como vuestra alma, que está desprovista de todo sentido moral.

— ¡Jorge!

— Sí, mujer, sí. ¿No querías que hablara claramente? ¿Pues para qué andar con subterfugios estúpidos? Pero al mismo tiempo tengo lástima de ti — continuó el joven, enterneciéndose —, lástima por tu suerte y una pena muy honda en el corazón al pensar que puedes olvidarme completamente. Y es que te quiero Rosalía, a pesar de todos tus defectos te quiero entrañablemente...

Se detuvo un instante; la emoción le ahogaba, ha-



ciendo brotar sus palabras temblorosos, ocultando a duras penas lo dolorido de su acento.

— Aun puedes remediar tu error — añadió —. Quiero ayudarte para que no caigas en ese abismo de depravación que hay ante ti, ¡pobre ilusa!, si no logras contenerte a tiempo. Te perdonaré esa ligereza si me juras que jamás intentarás apartarte del buen camino. ¿Me lo juras?

— ¡Déjame, Jorge; ya es imposible!

— ¿Cómo ya? ¿Acaso tú...? Rosalía, ¿es posible eso? No me hagas perder la razón. Confiesa la verdad. ¿Ha ocurrido algo entre él y tú?

— No — dijo débilmente la joven.

— Rosalía, mírame a los ojos y contéstame — exigió Jorge, cogiéndola de los hombros violentamente —. ¿Ha ocurrido algo? ¿Te has entregado a ese hombre? ¡Habla! ¡Te digo que hables! — continuó, zarandeándola imperativo.

Ella, con la cabeza baja, no se atrevía a levantar los ojos.

— Tu silencio es la confesión de tu falta — dijo Jorge, y a viva fuerza la hizo mirar cara a cara, repitiendo con obstinación: — ¡Di! ¿Te has dado a él?

La mirada penetrante del muchacho dominó su voluntad, y sin fuerzas para mentir dijo, pesarosa y amedrentada:

— Soy indigna de ti, Jorge... Perdóname...

Este se apartó unos pasos de ella y le gritó, aturdido por la revelación:

— ¡Mala mujer!... ¡Perdida!...

Acto seguido, fuera de sí, alocado, en un arrebatado de celos irreprimible, sacó un revólver y, disparando contra ella, dijo:

— ¡Tú lo has querido: moriremos los dos!

Rosalía, herida ligeramente en un hombro, cayó al suelo, dando un grito, más bien desvanecida por el susto que por la lesión.

Jorge, al verla caer, inmediatamente descargó el arma sobre él, desplomándose pesadamente. En seguida la sangre enrojeció la tierra del arroyo, formando una espesa alfombra.

## VII

Han pasado tres meses desde los últimos sucesos. Jorge, después de luchar durante ese tiempo entre la vida y la muerte, pudo salir victorioso gracias a su poderosa naturaleza.

En los dolorosos días de su estancia en el hospital, tuvo el consuelo de poder entablar amistad con Joaquín Linat, el enfermero. En seguida este último apreció la hombría de bien de Jorge y una viva simpatía y una compenetración absoluta de ideas les unió con estrechos lazos, que a los seres de espíritu ecuaníme y privilegiado les sirven de sostén para luchar, aunque sea moralmente, contra las injusticias humanas.

Absuelto de su pasional intento, convaleciente y sin poder aún emprender el trabajo necesario para su diario sustento, halló en casa de Joaquín un generoso cobijo hasta que pudiera dedicarse sin riesgo para su salud a sus tareas cotidianas.

Joaquín Linat vivía con su hermana Mercedes. Era ésta una muchacha sencilla y buena; además, no era fea. Sus ojos eran extraordinariamente expresivos, grandes y negros, de mirada viva, que traslucían sus menores impresiones. Aunque su boca pecaba de algo grande, tenía los dientes tan parejos, tan blancos y bellos que daban una radiante luminosidad a su semblante cuando la sonrisa entreabría sus rojos labios, que sin ningún afeite podían competir con el carmín más encendido. De estatura más bien baja, no estaba su silueta desprovista de esbeltez; al contrario, le daba una nota de infantil gracia y fragilidad. Acostumbrada a estar casi constantemente recluida en casa, más por propio deseo que por imposición de su hermano, se había habituado a no frecuentar mucho los lugares públicos de baile y diversión.

No es extraño, pues, que al conocer a Jorge se enamorara con gran entusiasmo de él. La leyenda amorosa de éste, en lugar de aminorar esa inclinación, la avivó en grado sumo, y sin gran seguridad de verse corres-



pondida se dedicó a esa muda adoración con un regocijo íntimo y doloroso al mismo tiempo que aportaba a su corazón tristeza y alegría a la vez.

Jorge, teniendo en gran estima las dotes que su amiga poseía y adivinando además la inclinación que a ella dominaba, lamentó que, sin poner de su parte la menor idea pecaminosa que, dando una falsa interpretación, pudiera cautivarla, se le ofreciera tan generosa y pura esa tierna y afectuosa predilección.

Algunas veces se despreciaba interiormente al imaginar el grado de cariño fiel y abnegado que depositó en Rosalía; pero aunque la melancolía no le abandonaba fácilmente, poco a poco fué haciéndose menos lacerante el dolor que le produjo la conducta de ella, y comparando el carácter de su antigua novia y el de Mercedes, maldecía al destino que tan tarde puso en su camino a esta última, pues se encontraba con el corazón viejo y triste para poder soñar con posibles venturas.

\* \* \*

Una tarde, tarde hermosa y primaveral de un día dominguero, estaba Mercedes arreglando la casa, cuando llamaron a la puerta. Era su vecina María, la del piso contiguo, que venía a visitarla.

Venía radiante; la alegría de su rostro era tan visible, que sólo al traspasar el umbral de la puerta Mercedes pudo apreciarla. Así se lo dijo apenas la saludó.

— Mis motivos tengo — repuso la interpelada.

— ¿Y cuál es la causa?

— ¡Que me caso el mes que viene, Merceditas! — exclamó María, saltando alegremente.

— Pues me alegro mucho. ¡Que seas muy feliz te deseo!

— Gracias.

Joaquín y Jorge, que estaban en el comedor leyendo el periódico, unieron también sus felicitaciones.

— ¡Vaya suerte que tiene el novio! — añadió el primero —. Se lleva la muchacha más simpática y bonita del barrio.

María sonrió, halagada.

— No exagere usted, Joaquín; pasadera nada más.

— Lo que he dicho es la pura verdad. ¿No es cierto, Jorge?

— Efectivamente. Muy linda es... Y tu hermana también es digna de ostentar el mismo título; así que estamos muy bien acompañados. El sexo feo se siente honrado con la presencia de estas dos hermosuras.

Las dos jóvenes se rieron. Mercedes, bastante confusa con el elogio, se ruborizó ligeramente.

María, parlanchina y contentísima, nada más quería hablar del asunto que tanto le interesaba.

— Pues la boda — dijo — se ha concertado en muy poco tiempo. Sólo hace tres meses que tenemos relaciones. Eso sí: ¡nos queremos tanto!... Enrique ha querido que nos casemos en seguida. Quiero que vayas a ver el pisito que hemos alquilado — recomendó a Mercedes —. ¡Es una monería! Nuevo, decorado con mucho gusto... en fin, una bombonera. ¡Nunca creí que se pudiera ser tan feliz! Me considero la mujer más dichosa de toda España. Más aún, del mundo entero.

Todos se sonreían con la vehemente alegría de la joven. Quizá con un poco de melancolía...

Cuando después de una breve conversación se retiró la visita, Jorge exclamó, hablando más bien consigo mismo:

— ¡Qué estúpida es la vida, qué monótona y triste cuando falta el principal aliciente: la ilusión!... ¡No merece la pena de vivirla!...

Al levantar los ojos, se encontró con los de Mercedes fijos en él.

Era tan elocuente su mirada, tan compasiva y amorosa al mismo tiempo, que quedó un instante subyugado por la conmovedora expresión de sus ojos negros; algo empañados en ese instante por la emoción.

Calló, un poco cohibido. Culpándose de haber causado pena a su amiga con sus indiscretas palabras.

Joaquín, optimista siempre, dejó en suspenso la lectura y dijo con jovialidad:

— ¡Caramba!... No seas lúgubre, también tiene la vida sus compensaciones. Ahora mismo me estaba yo riendo interiormente con el suelto de este diario, fíjate:



Empezó a leer, subrayando con cómica gravedad la gacetilla:

«Para el joven y ya prestigioso abogado don Julio Enrique de Espinosa y Fernández de los Llanos, hijo de los condes de Agraz, ha sido pedida la mano de la bella y caritativa señorita Marichu de Arregoitia, unigaitia. La boda se celebrará en breve. Auguramos a los futuros contrayentes toda suerte de felicidades.»

Jorge palideció al oír la noticia.

Joaquín, impetérro, continuó:

—La historia de siempre. ¡Ja, ja, ja!... La dinastía política se repite. El condesito ha dado un paso más para escalar los escaños ministeriales... ¡Ja, ja, ja!... Dos sanguijuelas emparentadas dispuestas a llevar a cabo su cometido dignamente... ¡Ja, ja!... Me muero de risa... No puedo más... ¡Ja, ja, ja!...

—¡Cállate! — dijo con energía Jorge —. ¡Eso te hace gracia! A mí me causa una repugnancia indecible.

—La paloma se habrá quedado sin el gavián... ¡Ja, ja, ja!... Tal vez se la traspasó al suegro... ¡Ja, ja!...

Jorge, impaciente y disgustado por la hilaridad de su interlocutor, dió un portazo a la puerta, dirigiéndose a su cuarto.

Pensó largo rato en Rosalía. La vió rodando de mano en mano, en un tráfico infamante, prostituyendo su juventud y su belleza...

Después su pensamiento se recreó con la imagen de Mercedes. ¡Dulce y buena muchacha!... ¡Niña, mujer, madre! Todo ese tríptico sublime de candor, ternura y sacrificio, demostraba albergar, latente aún, su corazón comprensivo.

Sus ojos eran faros de amor y caridad que alumbran con su luz acogedora al pobre navegante que lucha a la deriva, sin poder precisar el camino a seguir... ¿Y no era él acaso un desgraciado náufrago?

## VIII

Y llegó el verano cálido y radiante y los atardeceres fueron mágicos ensueños de amor...

Y nuevamente las golondrinas, activas viajeras aéreas, que semejan graciosos chicuelos alados, se persiguen chirriando en bandadas, en inverosímiles y veloces recorridos... ¡Sus agudos gritos son símbolo de dicha, canto de alegría!...

Van y vienen por el espacio como dueñas absolutas de él. Evolucionan, charlan y ríen en su lenguaje pajarril, contaminándolo todo con su alegría silbante y parlara.

Todo se renueva en cada estación, nada muere...

Y las parejas embrujadas por el ambiente florido y por el monumental marco sensual y embriagante de la Naturaleza en la plenitud de su fuerza germinadora, se miran dulcemente, fundiendo sus ojos la magia del paisaje.

También en el corazón de Jorge ha vuelto a renacer el amor. Y cogidos del brazo van por el solitario sendero los dos enamorados.

—¿Me quieres mucho?

—¡Sí!... ¡Más que a nada en el mundo!

Y estas sencillas palabras pronunciadas en voz baja y enternecida, son la oración amorosa que rezan a cada instante.

Mercedes es la personificación de la mujer sencilla, dulce y cariñosa.

El es el hombre fuerte y leal que le sirve de sostén.

Jorge puede estar satisfecho de haber encontrado, aunque después de amargos trances, una amante y abnegada compañera.

\* \* \*

¿Y qué fué de la vida de Rosalía? Tal vez se pregunte algún curioso lector.

Rosalía vive en un ambiente lujoso, lleno de molice y banalidad.

En Madrid goza de merecida fama entre las mujeres



de su índole. Ha tenido ya varios amantes y está rodeada de comodidades; sus joyas son valiosísimas y su tren de vida es muy costoso...

Ha logrado su ambición; pero algunas veces, hastiada de esa existencia falsa, sin ninguna finalidad espiritual, suspira recordando sus diarios paseos por las calles barcelonesas, cuando a la salida del taller iba junto a Jorge, hablando muchas veces de nimiedades, que ahora el recuerdo agranda, dándole un valor insospechado.

Quiso vivir en ese medio muelle, frustró sus amores por conseguir su objeto, mas si su espíritu se exalta y quiere volar hacia regiones más elevadas, tiene forzosamente que volver a caer en el lodazal que, aunque de apariencia agradable, ornamentado ricamente, no deja de ser eso: un encharcamiento indigno.

De todos modos, Jorge ha de agradecer al destino, que el cambio le favoreció mucho.

Cuando, desesperado, estuvo a punto de perder su vida, qué poco imaginaba lo que le reservaba la suerte! No en balde dice el proverbio: «No hay mal que por bien no venga...»

### Octavo lote de libros baratos (5 ptas.)

*Cántiga de Montaña* (Elias García); *Flor deshojada* (Federico Urales); *Juan sin Pan* (Adrián del Valle); *La indomable* (Federica Montseny); *La mulata Soledad* (Adrián del Valle); *Almanaque de LA NOVELA IDEAL 1927-28*; *Las diosas de la vida* (Soledad Gustavo); *Los grandes delincuentes* (Federico Urales); *Pensamientos revolucionarios* (Mateo Morral). Total, 9'85.

### Noveno lote de libros baratos (6'50)

*Jesús es un mito* (Georges Brandés); *El autodidacta* (Han Ryner); *Los Deportados* (Charles Malato); *El Ingenioso hidalgo* (Han Ryner); *El aventurero del amor* (Han Ryner); *Problemas trascendentales* (F. Tarrida del Mármol). Total, 13 pesetas.